

LA historia del siglo XIX español y primeros años del XX constituye una época de lucha de la mujer española, que trata de romper los moldes anquilosados de una sociedad entre los límites del reaccionarismo más negro y el liberalismo feminista. La mujer española, doblemente sometida en función de su sexo y de su clase «parasitaria no productiva» en una gran mayoría de casos, lastrada por su tardía incorporación al trabajo remunerado en un país donde la revolución industrial sólo se conoce de nombre y donde el feudalismo agrario domina todavía en grandes extensiones, lleva a cabo su lucha casi en solitario. Los primeros casos aislados de «rebelión» femenina frente al medio enajenante que la rodea parten —como era lógico esperar— de los estratos de la burguesía y la pequeña burguesía. No será hasta más tarde, con el advenimiento de la II República y el auge de los partidos obreros, cuando las mujeres más explotadas —procedentes de las zonas proletarias urbanas y del campesinado— tratarán, ya de un modo abierto y concreto, de salir de su situación de «segundo sexo» a través de la vía general revolucionaria.

Nacida en Barcelona en 1866, Consuelo Alvarez fue en su juventud la clásica señorita de la pequeño-burguesía española, pero sus inquietudes y una herencia familiar de contenido liberal hicieron de ella algo más que una modesta y sumisa esposa al uso de la época.

El padre, Gabriel Alvarez Muñoz, había nacido en La Bañeza (León) y era funcionario público. La madre, de nombre Sara Pool Pax, era inglesa, de rancia ascendencia liberal.

Los sucesivos empleos y destinos que la Administración encomendó a Gabriel Alvarez hicieron que sus hijos (cinco en total) viajaran desde muy temprana edad por la geografía española. La familia Alvarez Pool vivió en Burgos y en Huelva antes de recalar en Trubia. Por entonces la madre de Consuelo había muerto y el padre trabajaba en la fábrica de armas.

En 1888, después de haber cursado los estudios propios de una señorita de su medio rango, Consuelo contrajo matrimonio con Bernardo de Azcárate, delineante y mecánico de la fábrica de armas de Trubia; hombre de mentalidad liberal, vasta cultura y una privilegiada inteligencia matemática.

El matrimonio no supuso para Consuelo una atrofia mental. Sus aficiones literarias empiezan a despuntar por esta época, y realiza un esfuerzo autodidacta notable en el tiempo que le dejan las faenas de la casa y los niños.

UNA VOZ FEMENINA ENTRE EL PERIODISMO Y LA POLITICA



VIOLETA, UNA PIONERA

Poseyó gran facilidad para los idiomas y aprendió francés, inglés, italiano, griego y latín. A los sesenta y tantos años aún tuvo voluntad para iniciarse en el estudio del ruso.

El ambiente industrial y minero de la zona de Trubia influyeron también decisivamente en Consuelo Alvarez, al permitir que se percatara directamente de las injusticias sociales y la miseria en que vivían sumidos los obreros.

En 1896 se lanza a colaborar en el periódico de Oviedo, «El Progreso», donde publica colaboraciones literarias, ensayos breves y artículos de neto corte progresista. La colaboración en «El Progreso» dura hasta 1903, año en que viene a Madrid y, por mediación del periodista Tato y Amat, inicia su colaboración en el diario republicano «El País», cuya redacción y colaboradores incluían las mejores plumas progresistas de la época.

Consuelo Alvarez —que empieza a firmar sus colaboraciones con el seudónimo de «Violeta»— se ve envuelta, desde entonces, en el remolino político-periodístico-literario de la capital. El seudónimo de «Violeta» empieza a sonar en las tertulias y en los corrillos del Ateneo. Consuelo hace amistad y polemiza con Blasco Ibáñez, Joaquín Costa, Felipe Trigo, Margarita Nelken, Galdós, Melquiades Alvarez, Azaña, Eugenio Noel, Benavente, los Machado, Clarín, Casares Quiroga, Joaquín Dicenta, Alvaro de Albornoz, el joven Ortega, Giner de los Ríos... En 1909 queda viuda, y para mantener a su familia ingresa por oposición en el Cuerpo de Telégrafos. Ese mismo año es enviada por «El País» a Barcelona para cubrir el proceso y ejecución de Francisco Ferrer después de los sucesos de la «Semana Trágica». Hasta el último momento, el periódico de «Violeta» levantó su voz en el caso Ferrer.

Desde su entrada en Telégrafos, las colaboraciones y actividades políticas de «Violeta» disminuyen, seguramente por miedo a perder el empleo. Sigue conservando los contactos con las figuras del Ateneo, pero la lucha por la vida y el cuidado de su familia la van absorbiendo cada vez más. De sus cuatro hijos, uno murió recién nacido, y una hija, Gloria, murió a los cinco años de meningitis.

Al estallar la guerra civil, Consuelo Alvarez tiene setenta años y colabora en la Unión Radio. Puede ver el fin de la contienda en Valencia, y después regresa a Madrid, donde es detenida, juzgada y condenada a veinte años de cárcel acusada de pertenecer a la Masonería. Por su avanzada edad cumple la condena en libertad provisional, y poco a poco va consumiendo

sus días en Madrid, hasta morir en 1957, después de pasar cuatro años sin moverse de la cama con una cadera fracturada.

La obra escrita de «Violeta» está casi toda repartida en los periódicos «El Progreso» y «El País». Consuelo Álvarez fue, ante todo, una periodista. Su estilo es punzante y polémico, no excesivamente recargado para el abuso retórico de la época. Sus colaboraciones van desde el «entrefilete» y el suento literario, hasta cuentos, comentarios y artículos polémicos en la mejor tradición de Larra.

El inconformismo en materia social de Consuelo Álvarez data de su juventud, al contacto con la miseria de los trabajadores asturianos. Los años de la guerra de Cuba, hasta el término de la colonización española en 1898, son también importantes para la formación política de «Violeta». Uno de sus hermanos murió de soldado en Cuba, peleando por una causa en la que no creía, y otro regresó enfermo de la isla a la Península y murió poco después. Con los escasos medios a su alcance, «Violeta» protestó contra la continuación de la guerra.

Al trasladarse a Madrid en 1903, Consuelo dio discursos en el Ateneo, pronunció conferencias, hizo propaganda a los candidatos republicanos, se acercó al partido socialista y organizó mítines en localidades mineras como Peñarroya, Pueblo Nuevo del Terrible y Riotinto. Al estallar la primera guerra mundial toma parte por los aliados, y junto con Benavente colabora en la proyección de films de propaganda anti-germanos. En 1917 saluda con júbilo el anuncio de la revolución bolchevique, aunque luego llegará a disentir de los comunistas.

«Violeta» fue una mujer impulsiva, inteligente y de gran temperamento, con tendencias más sentimentales que pragmáticas. Su vehemencia la llevó a discutir con casi todos los políticos que conoció y que podrían haberla favorecido. Las ideas de «Violeta» rozan a veces el socialismo utópico, pero se mueven siempre en una línea progresista y socialmente avanzada.

Consuelo Álvarez no era feminista, porque no era partidaria de agrupar a las mujeres contra los hombres, sino de cambiar el «status» social que alimenta constantemente las formas de desigualdad de la mujer mediante un mecanismo clasista. Las ideas de «Violeta» quedaron expresadas en sus conferencias, charlas, debates, artículos y correspondencia, aunque esta última se ha perdido casi totalmente al ser destruida cuando terminó la guerra civil.

En su epílogo al libro «¡Mujeres! Siluetas femeninas», de Juan García Cobacho, publicado en 1930, «Violeta» ataca las ideas lírico-mítico-eróticas en las que el autor intenta encuadrar a las mujeres. Frente a esta concepción conservadora de la mujer, Consuelo Álvarez pide que «la mujer alcance su plenitud, su personalidad indiscutida en todas las actividades de la inteligencia y el derecho; principalmente en la política, síntesis de la vida civil, donde tanto bueno, útil y renovador puede realizar».

En cuanto a su crítica del «nivel de inferioridad deprimente» a que la mujer se encuentra sometida, las palabras de «Violeta», en el mismo epílogo, tienen aún validez:

«En la representación social (la mujer) tiene infinitas limitaciones; en el trabajo está casi siempre (por una anomalía sistemática) obligada a aceptar una dependencia humillante, abrumadora, porque no se la ve fin próximo ni pronta rehabilitación. En la recompensa ha de ser menor su parte por una lógica derivación de su impuesto papel secundario. Todas estas desigualdades, más artificiosas que inevitables, son producto de un desarrollo defectuoso de la civilización, que no ha sido aún convenientemente impugnada por la mujer».

«Violeta» mantuvo, hacia 1910, una significación polémica epistolar con Ricardo León (prototipo de los conservadores galantes y moderados de su época), en la que puso de manifiesto su sentida inquietud por el problema revolucionario. Ricardo León se sitúa en la posición evolucionista-apolítica para negar la validez del hecho revolucionario. «El problema social, que ha existido siempre —dice León a «Violeta» en una carta—, no se arreglará por leyes ni panaceas políticas. (La política es una ciencia de oradores, sofistas y charlatanes.)». Para Ricardo León no hay que preocuparse de la revolución, porque la «evolución científica... dará la solución mañana».

«Violeta» arremete con empeño contra esta actitud oportunista de barrunto tecnocrático. Para «Violeta», la evolución natural descubierta por Darwin no supone el mejoramiento gradual de la especie humana si no va acompañada de acciones políticas concretas. Esa acción política se refleja en leyes, y para conseguir esas leyes hay que luchar, no sólo esperar los «milagros» de la ciencia.

En último extremo —opina ya en esa época Consuelo Álvarez— es la política la que orienta la ciencia. ■ FERNANDO MARTINEZ.

la novela
latinoamericana
en seis barral

1962
mario vargas llosa
la ciudad y los perros
1964
g. cabrera infante
tres tristes tigres
1967
carlos fuentes
cambio de piel

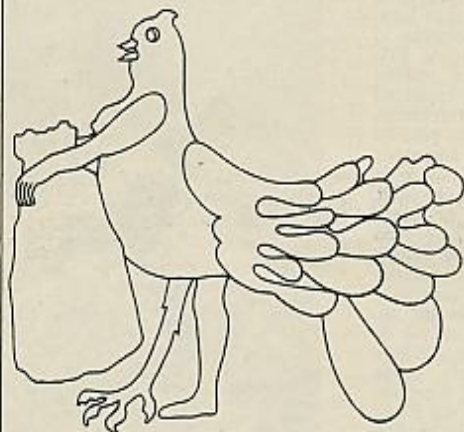
y ahora
la obra cumbre
de un novelista
excepcional

EL
OBSCENO
PAJARO
DE LA
NOCHE
por
josé donoso

biblioteca
breve



reserve
su ejemplar
de la última obra
del autor de
coronación
nueva
narrativa
hispanica



EDITORIAL
SEIX BARRAL, S. A.
BARCELONA



Nenuco



PRODUCTOS NENUCO,
EL PRIMER PLACER DEL RECIEN NACIDO

triumfo 11